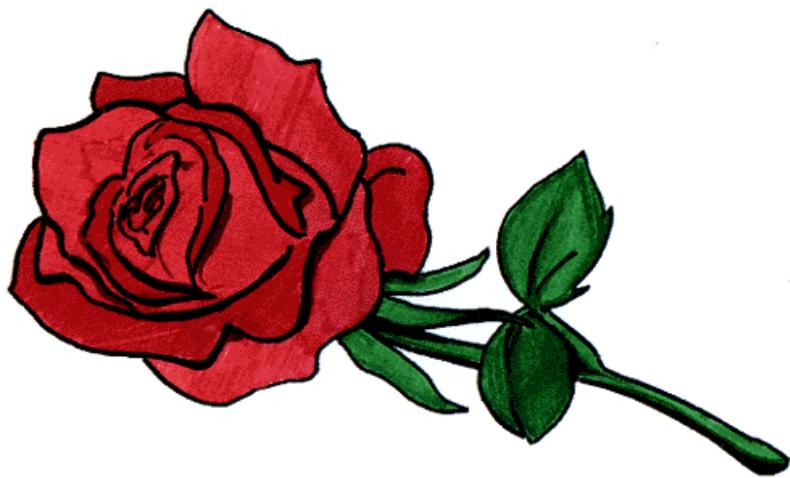


*Único
en el mundo*



por

María Olmedo Soler

Editorial Mos

enero 1995

Escrito en enero de 1995 por
María Olmedo Soler

Todos los derechos reservados

Porque el canto más hermoso
que hay en esta vida
lo entonan los niños
con sus risas.

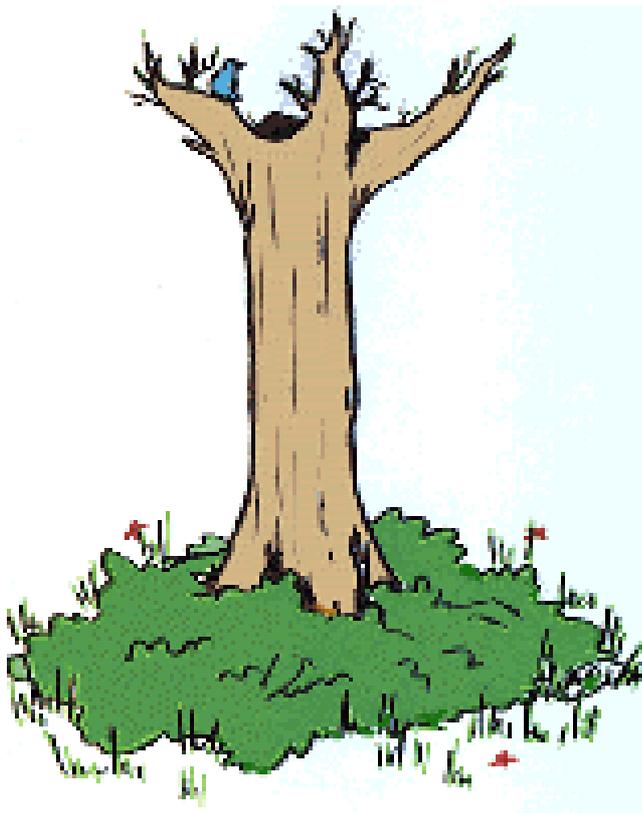
María Olmedo Soler

*No sé bien cuándo ocurrió
la historia que ahora os cuento;
pero me consta que es cierta,
de modo que estad atentos:*

En el país de Tornamusa vivía un rey cuya única afición en la vida era la de tener las cosas más hermosas, extrañas y únicas del mundo.

Su castillo era azul con el tejado violeta. Tenía la forma de una tarta de tres pisos, con sus ventanas redondas y sus puertas triangulares. No había en él nada de convencional. Todos los muebles de colores pastel y formas raras, que nunca sabías si te sentabas en una silla o en la mesa. Y aún así, era bonito.

Y la comida, también increíble. Sólo podían servirse manjares únicos en el castillo: manzanas de color negro, uvas del tamaño de un melón, huevos rojos y plátanos con sabor a nuez. El vino de color oro, y el agua de color verde. Los tenedores, de siete puntas, y las cucharas con agujeros. Cuchillos sin sierra con los que era imposible comer. Todo era único en la mesa del rey Torno de Tornamusa.



Pero esto no era sólo en su castillo. Todo lo que había en su reino era único. En sus jardines sólo tréboles de cinco hojas y rosas de color lila.

Y el pueblo, también había sido construido como algo único. Las casas de cinco paredes y techos de metal. Los animales más raros traídos de los confines del mundo. Los árboles y plantas más exóticos de la tierra.

El rey estaba feliz, con su corona de madera y su túnica de lana de camello. Nada había en su reino que no fuera único; nada de lo que el tenía podía ser comparado o igualado, porque todo lo que era único lo tenía él.

Su hermano Erzo, reinaba en Erzolina, un pequeño reino junto a Tornamusa. Él también tenía una gran colección, pero los objetos que Erzo coleccionaba eran precisamente los que su hermano Torno despreciaba, es decir, los que no eran únicos. Y a menudo, cuando el rey de Tornamusa descubría que alguno de los objetos de su colección no era único, se lo regalaba a su

hermano.

Así el caprichoso rey pasó la vida preocupado únicamente de conseguir más objetos para su colección de cosas únicas. El pueblo estaba triste, pues el rey se gastaba todo su dinero y esfuerzo en ello, y se olvidaba de sus súbditos.

Cuando nació el hijo del rey, éste tardó dos años en encontrar un nombre para él que fuera único de verdad. Por fin el chico se llamó Jador, y su vida fue también única. No sólo lo que le rodeaba era único y raro; también su forma de vida debía ser así; comían a las 10 de la mañana y cenaban a las 12 de la noche. Desayunaban a la hora del té y tomaban el té a la hora del aperitivo. Y, por supuesto, el té era de perejil.

El pequeño Jador tuvo que estudiar las asignaturas más raras. Aprendió a sumar al revés y a recitar el abecedario de la Z a la A. Su padre no quería que aprendiera nada convencional, y sólo le enseñaba las excepciones de las reglas.

Pero Jador, que no sentía esa pasión por las cosas exóticas y únicas, aprendió por su cuenta y disfrutó de las cosas comunes y sencillas que a nosotros nos parecen tan normales.

El niño creció en ese reino único mientras su padre hacía más y más grande su colección. Como el rey no le prestaba atención, el príncipe Jador pasaba mucho tiempo con los habitantes del pueblo, y allí hizo muchos amigos.

Una vez los sabios del reino fueron a ver al rey, porque habían leído en las estrellas que el príncipe Jador debía casarse. Pero el rey Torno, sólo interesado en sus raros tesoros, no les prestó atención.

El rey enviaba todos los años a varios buscadores de tesoros por todo el mundo, que le traían nuevas piezas para su colección. Sin embargo, de los que habían marchado el año pasado, todos habían vuelto con las manos vacías.

- No hay ya nada único en el mundo -le dijo uno de ellos-. Todas las cosas raras, sin pareja ni igual, están ya en tu castillo. Hemos buscado en todos los rincones de la tierra, pero no hemos encontrado nada nuevo que ofrecerte. Ofrecimos oro y joyas, pero nadie pudo mostrarnos algo especial.

- Algo tiene que haber -exclamó el rey-, tan único y raro que nadie lo haya notado. Pero yo lo encontraré y entonces mi colección estará completa.

Pero, ¿cómo podría encontrar esa cosa tan especial, si sus hombres no la habían encontrado? Recordando la visita de sus sabios, se le ocurrió una idea.

Al día siguiente el rey Torno mandó llamar a todos sus súbditos, a todos los sabios, soldados, caballeros y mensajeros del reino. Cuando todos estuvieron reunidos frente al castillo, el rey salió al balcón con su hijo y les dijo:

- Nada hay en el mundo único que no esté en mi castillo, dicen mis buscadores de tesoros. Pero yo estoy seguro de que hay cosas que ellos no han encontrado o que sus dueños han escondido. Quiero que todos vosotros hagáis correr la voz de que ofrezco un gran regalo al primero que me ofrezca algo único de verdad. Porque al primero que se presente ante la puerta del castillo a ofrecerme algo que yo no posea, le ofreceré la mitad de mi reino, y si es mujer, se casará con mi hijo.

El pueblo estaba feliz por la decisión del rey, pues una vez terminara su búsqueda de cosas raras, se preocuparía más de su pueblo. Pero al príncipe Jador no le pareció tan buena idea, pues él estaba

enamorado en secreto de una muchacha del pueblo. No le había dicho nada a su padre porque sabía que él no lo iba a aprobar. Pero esta muchacha era, además de bonita, dulce y buena como ninguna.

Anei, que así se llamaba la joven, ayudaba a su padre, el maestro del pueblo, a dar clases a los niños. Siendo niño Jador había pedido al maestro que le enseñara todas esas cosas tan comunes que su padre no quería enseñarle, y así conoció a Anei, que fue desde entonces su mejor amiga.

La joven Anei también quería a Jador, pero sabía que por ser un príncipe, no podría casarse con él, porque además el rey no dejaría entrar en el castillo más que a alguien único de verdad. Y los dos enamorados sufrían por ello.

La noticia de la oferta del rey se extendió rápidamente, y miles de personas se pusieron en camino para ofrecerle algo único al rey de Tornamusa. Venían al castillo personajes de todos los rincones del mundo y de toda clase social: reyes, condes, monjes, soldados, criados, mendigos, ladrones, viudas, señoras con hijas casaderas... Todos reunidos a las puertas del castillo.

El rey Torno estaba muy contento, porque seguro que entre todos esos visitantes encontraría alguno que tuviera algo nuevo para su colección.

Por la mañana se abrieron las puertas del castillo, y los todos fueron conducidos en fila a la sala del trono.

El rey estaba sentado en un trono hecho todo de marfil, con su túnica de piel de camello y su corona de madera. Su hijo Jador, de pie a su lado, no parecía muy contento. Junto a ellos estaba también el rey Erzo.

El primero de la fila era un conde con una enorme tripa y larga barba, acompañado de su hija. En sus manos traía un cofre que mostró al rey Torno.

- Este cofre es maravilloso, pues nada puede sacarse de él, ya que no tiene cerradura y no hay forma de abrirlo.

- Pero si no tiene cerradura -dijo el rey- tampoco puedes meter nada dentro. De todos modos, ya he visto antes uno igual en el castillo de mi hermano, el rey Erzo.

Éste llamó a un lacayo, que trajo sobre un cojín de plumas de codorniz, un cofre exactamente igual al del conde. Al verlo, éste bajó la cabeza y, cogiendo a su hija de la mano, salió por donde había entrado.



La siguiente era una mujer con cara de bruja que traía una flor. Pero no era una flor común, pues sus hojas eran de papel y sus pétalos de plástico.

- Tus jardines siempre estarán llenos de estas flores si las plantas allí, pues nunca se mueren ni necesitan cuidados.

- ¿Y no es lo más hermoso ver las flores nacer al llegar la primavera? -preguntó el príncipe- Hasta de la flor más bonita puedes aburrirte de mirar todo el rato.

- En cualquier caso -dijo el rey Erzo- yo ya tengo esa flor.

Otro lacayo se acercó mostrando un jarrón con una flor exactamente igual a la que traía la bruja.

La mujer, mirando tristemente a Jador, hizo una reverencia y se fue.

Los siguientes eran un posadero con su mujer y su hija, una niña regordeta y pecosa que miraba al príncipe Jador encantada. El posadero traía un hermoso gallo de plumas muy rojas.

- Este gallo, mi señor, no os despertará al amanecer, porque sólo canta al ponerse el sol, y lo hace con la voz de un colibrí.

Soltó al animal frente al rey y le hizo cantar; y era cierto, piaba como un colibrí.

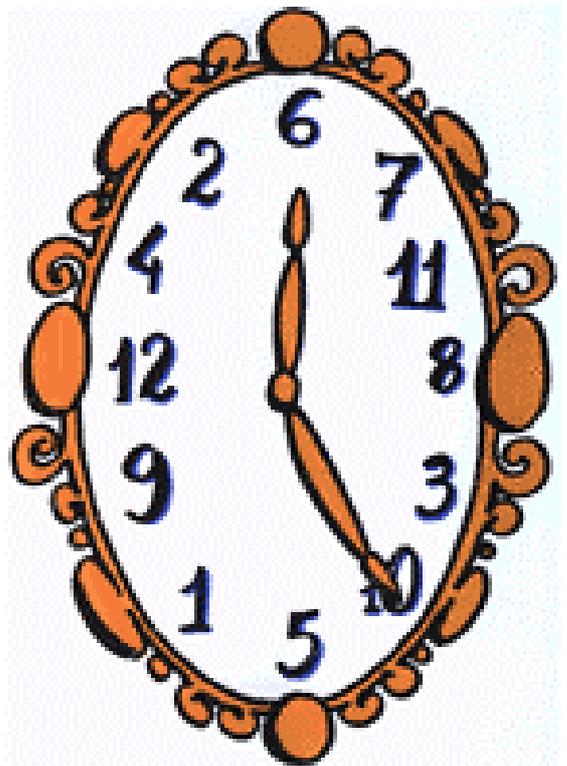
Un momento después un lacayo dejó otro gallo en el suelo, todavía más bonito que el del posadero. Todos los presentes se quedaron maravillados ante el gallo, que estuvo cantando durante varios minutos.

El rey Torno se reía al decir:

- Tal vez mi hermano pueda prestarte su gallo para enseñar al tuyo a cantar. Como ves, tú gallo no es tan especial.

El posadero, su mujer y su hija, seguidos del gallo, salieron cabizbajos por la puerta.

Así fueron pasando todos los visitantes. Un hombre con el caballo más listo del mundo, que no necesitaba cochero para llevar la diligencia de un pueblo a otro. Una mujer con el hilo más resistente, que podías atar a un elefante con él sin que éste pudiera romperlo. Unos zapatos de corcho con los que se podía andar sobre al agua. Papel que no se quemaba con el fuego ni se mojaba con el agua; tinta que desaparecía si caía sobre la ropa. Granos de arroz tan grandes como una nuez y cerezas tan pequeñas como la cabeza de un alfiler. Una aguja que se enhebraba sola y un traje que se adaptaba a tu tamaño.



Cientos de personas fueron pasando ante el rey de Tornamusa, cada cual con un regalo todavía más fantástico. Pero ninguno de ellos pudo ofrecerle algo que el rey de Erzolina no tuviera ya, y uno a uno se iban retirando.

Y llegó el anochecer, cuando las puertas del castillo eran cerradas y los visitantes debían irse y Erzo se marchaba a su castillo. El rey de Tornamusa estaba enfadado, pero su hijo, contento. Si todo seguía igual, no tendría que casarse con ninguna de las feas y tontas muchachas que había visto ese día.

Esa noche, en la cena, el joven Jador decidió hablar con su padre. Tras comerse el pavo de tres patas y los guisantes gigantes, le dijo a su padre:

- Ya no hay nada en este mundo que tú no tengas ya. Cada vez que aparece algo nuevo y por tanto único en el mundo, tú lo traes al castillo. ¿Por qué no dejar de buscar cosas nuevas? Hay tantas cosas bonitas en el pueblo. Las rosas rojas, los abedules, el agua fresca de la fuente...

- No hables así, hijo mío. Cualquiera puede disfrutar de una rosa roja o del agua de la fuente. Es más, cualquiera puede ser rey o príncipe. Mira a mi hermano; es muy rico, pero todo lo que el posee, puede tenerlo cualquiera. Es muy difícil encontrar algo realmente especial, algo tan único e irrepetible que sólo tú puedas tenerlo. Eso es lo que hace especial a mi reino y a nosotros.

- Si entre toda esa gente no encuentras a nadie que tenga algo único e irrepetible para ti, ¿qué harás? ¿Esperarás toda la vida para cumplir tu promesa?

- No te preocupes, Jador. Seguro que entre tanta gente alguno tiene algo que yo no he encontrado aún.

Como Jador quería que su padre le dejara casarse con Anei, le propuso una cosa: si al final de la semana no habían encontrado ese algo tan especial, el rey Torno olvidaría su promesa y dejaría a Jador que se casara con quien quisiera. Pero el padre no quiso oírle.

- Pero padre, hay una muchacha en el pueblo; estoy seguro de que si la conocieras...

- ¿En el pueblo? ¿Qué puede haber de especial en el pueblo? Quiero para ti algo único e irrepetible. ¿Acaso puede ella ofrecernos lo que tanto busco? Si esa muchacha lo tiene, que venga. Yo le daré encantado la mitad de mi reino y tú te casarás con ella.

El joven Jador no sabía qué contestar. La dulce Anei no podía tener esa cosa única en el mundo que quería el rey. Y si no lo tenía, nunca podrían casarse.

Los siguientes días fueron iguales que el primero. Miles de personas se concentraron a las puertas del palacio con regalos para el rey:

Un barco que navegaba por el agua boca abajo; un cordero que comía carne y un lobo que comía paja; una jarra que siempre estaba llena. Un ciprés de hojas caducas y un pez que podía volar; un libro que se leía solo y una pluma que no necesitaba tinta para escribir.

Las cosas más extrañas pasaron frente al rey, pero no pudieron enseñarle nada que su hermano no tuviera. El rey Torno estaba cada día más cansado, y el príncipe Jador dejó de ir a las recepciones.

Después de ver un par de obsequios, salía disimuladamente de la sala del torno y se marchaba al pueblo.

En su casita de cinco paredes y techo de metal, Anei preparaba la comida a su padre y limpiaba la casa; regaba las orquídeas y recogía los kiwis del árbol. Después cogía un libro y se sentaba bajo un árbol. Allí siempre había niños que esperaban les leyera algún cuento.

El príncipe Jador siempre llegaba cuando Anei estaba leyendo, y escuchaba el final de la historia como uno más de los niños.

Cuando el cuento terminó y los niños se fueron, Jador invitó a Anei a dar una vuelta por el prado. Allí le contó, como cada día desde que comenzaron la visitas con regalos "únicos" al rey, hacía dos semanas, lo ocurrido en el castillo y lo que su padre había dicho.

- El rey Torno tiene razón -dijo Anei-. Yo no soy lo bastante buena, inteligente o hermosa para casarme contigo. Estás rodeado de lo más hermoso y de lo más raro que hay en el mundo; yo soy demasiado común para formar parte de tu vida.

Los jóvenes se sentaron en el césped junto al lago. Jador no sabía que decir. Miraba el reflejo de Anei en el lago; su cabello negro, sus ojos oscuros, su piel clara y su sonrisa, que era mil veces más bonita que cualquiera de los tesoros de su padre. Y al recordar las palabras del rey tuvo una idea.

Se levantó de un saltó y, tomando de la mano a la muchacha, la ayudó a levantarse.

- Anei, tengo una idea. Mañana debes venir al castillo, cuando el rey reciba a toda esa gente que le trae regalos. Esperarás tu turno en la fila como los demás. Yo me ocuparé de todo.

Anei no comprendía los planes de Jador, pero como confiaba en él, decidió hacer lo que él le pedía.

A la mañana siguiente, al abrirse las puertas, el castillo se llenó de visitantes portadores de los más diversos objetos, plantas y animales, regalos para el rey. Y Anei estaba entre ellos, aunque no traía ningún regalo. En fila, fueron pasando a la sala del trono donde, como cada día, esperaban los reyes Torno y Erzo con el príncipe Jador.

Las primeras de la fila eran una duquesa y su hija casadera que traían una vela cuya llama salía siempre verde. Luego vino un ladrón con un saco de capacidad ilimitada, en el que cabía desde una pelota hasta el castillo de Tornamusa entero. El monje que vino a continuación traía un hábito de tela impermeable. Pasaron otras muchas personas con nuevos presentes: un loro que sólo recitaba poesía, una hoguera que nunca se apagaba, un diamante del tamaño de una manzana y una capa hecha de plumas de colibrí del Amazonas.

Pero ninguno de estos objetos agradó al rey Torno, pues su hermano Erzo demostró tener otros iguales. Empezaba a pensar que tal vez su hijo tenía razón y ya no quedaba nada único en el mundo.

Entonces le tocó el turno a Anei. La muchacha se acercó al trono del rey, pero como no traía ningún regalo, permaneció en silencio. El rey Torno, cansado de esperar a que dijera algo, le preguntó:

- Y bien, ¿qué me has traído? ¿qué puedes tener tú que nadie más posea?

Entonces el príncipe Jador se levantó de su asiento y se acercó a la joven. Luego dijo a su padre:

- Hace días me dijiste que si yo conocía a la muchacha capaz de mostrarte eso que tanto buscas, algo único en el mundo, entonces me permitirías casarme con ella.

- Y cumpliré mi promesa.

- Pues aquí tienes a la joven de quien te hable. Se llama Anei y va a ser mi esposa.

Todo el mundo miró asombrado a Jador y a la joven Anei. Ésta dijo al príncipe intrigada:

- Pero yo no tengo nada que ofrecer al rey. Apenas poseo nada aparte de mi pobre ropa y mi persona.

- Entonces, hijo -dijo el rey- ¿a qué te refieres? Ya te dije que si querías casarte con ella debía tener algo único en el mundo.

- ¡Y lo tiene! Te lo acaba de ofrecer. Es Anei, ella misma, la que es única en el mundo.

- ¿Pero qué broma es ésta? -exclamó el rey- Dices que es especial porque la miras con ojos de enamorado. Pero todos hemos visto antes alguna muchacha como ella; sus ojos, pelo, cara, voz... es una muchacha corriente.



- Sí, padre. Todos hemos visto alguien que se parece a Anei; que tenga su pelo, su color de ojos o su sonrisa. Pero sólo Anei reúne esa combinación de pelo, ojos, piel, voz, sonrisa, amabilidad... Todas esas pequeñas cosas la hacen única. Y lo mismo pasa contigo, conmigo y con todos los seres del mundo. Solamente hay una Anei; solamente hay uno de cualquier cosa.

Durante largo tiempo el rey miró en silencio al príncipe y a la joven. Luego se volvió a los hombres y mujeres que esperaban su decisión. Ahora los veía con otros ojos y se dio cuenta de que en verdad cada uno de ellos era único e irrepetible, y por tanto parte importante de su tesoro.

Con los brazos abiertos y una gran sonrisa, se dirigió a los dos jóvenes:

- Tenías razón, Jador. Ella es única, y por tanto merece casarse contigo. -Luego se volvió a su pueblo:- Ahora comprendo cuál

es mi mayor tesoro, y os prometo que sabré cuidar de él.

Anei y Jador se casaron poco después y fueron muy felices, al igual que el pueblo de Tornamusa, ya que el rey cuidó de él siempre.

El rey Torno, por su parte, empezó a descubrir la cantidad de cosas únicas que había en el mundo y que antes le parecían vulgares. Y había tantas que sería imposible reunir las en su castillo de modo que, si quería proteger su tesoro, tendría que cuidar del mundo entero.

*Si buscas algo que sea
único ante los demás,
mírate en un espejo
y te sorprenderás.*

